

María del Carmen Vázquez Mantecón

*La palabra del poder*

*La vida pública de José María Tornel  
(1795-1853)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2008

269 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 28)

Ilustraciones.

ISBN 978-970-32-5000-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/palabra/poder.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

## OCASO REPUBLICANO-MONARQUISTA DE UN AMANTE DE LA NACIÓN

1847-1853

*Adicto y seguro servidor de Gómez Farías*

Desde el 23 de diciembre de 1846, Antonio López de Santa Anna y Valentín Gómez Farías fueron electos de nuevo para la presidencia y la vicepresidencia del país. Como el primero salió a la campaña del norte contra la invasión estadounidense, don Valentín se encargó de dirigir el Ejecutivo. Por esas fechas, Tornel cumplía cuatro meses en su destierro de Tehuacán —aunque él decía que eran cinco—. Desde allá intentó componer su suerte a través de una serie de cartas al vicepresidente. En ellas se quejaba de estar muy enfermo del pecho y del pulmón y de no tener su sueldo. Gómez Farías lo nombró de nuevo presidente de la Compañía Lancasteriana, noticia que le llegó a Tornel junto con la comunicación de que podía regresar a la capital a restablecer su salud. Para su retorno, le facilitaron una escolta y le prometieron que cuando estuviera en la ciudad le pagarían sus sueldos atrasados.

El vicepresidente ofreció además a Tornel un puesto militar, aunque intuía que el general sabía poner distancia entre las caravanas de palacio y las trincheras. De hecho, Tornel rechazó la oferta para que sirviera en el interinato de la Plana Mayor del Ejército, porque dijo que su facultativo le había ordenado un mes de reposo.<sup>1</sup> En cambio, solicitó que le devolviera la dirección del Colegio de Minería en una misiva donde se alababa a sí mismo por las mejoras que introdujo en esa institución. Acompañó la petición con una carta llena de firmas de apoyo de los maestros de ese colegio. Al enterarse de que en ese papel no estaban los nombres de algunos que le debían el puesto, los denunció en otra carta. En sus misivas se despedía como un *muy adicto y seguro servidor* de Gómez Farías, quien, días después, accedió a su deseo.<sup>2</sup>

Mientras tanto, la ley de ocupación de los bienes de “manos muertas” del vicepresidente provocó una guerra civil en la capital, asunto

<sup>1</sup> ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 23 de enero y 21 de febrero de 1847.

<sup>2</sup> AGN, *Gobernación, S/S, Colegio de Minería*, febrero y marzo de 1847.

que decidió, entre otras cosas, el regreso de Santa Anna de su fracasada misión al frente del ejército del norte. Sin embargo, no acababa de llegar cuando se vio precisado a salir de nuevo al saber del desembarco de los estadounidenses en Veracruz. Antes de hacerlo, hizo que el Congreso suprimiera la vicepresidencia y dejó como encargado del poder a Pedro María Anaya, en calidad de sustituto.

### *El poder y las batallas de Santa Anna*

Entrar, salir, disponer, pactar, nombrar, batirse con el enemigo eran algunas de las peculiaridades políticas de don Antonio. En repetidas ocasiones volvió a su terruño, en donde pasó temporadas largas. Desde allá también mandaba. Logró imponer una forma curiosa de poder: daba órdenes a quien dejó como presidente sustituto, a quien le ponía un consejero que era además el que movía las aguas para lograr sus objetivos, que terminaban casi siempre con un decreto a nombre del sustituto que lo liberaba de la responsabilidad del asunto.

Santa Anna siempre prefirió dirimir las diferencias en el campo de batalla. Todas sus guerras nacionales le dieron la victoria. De las internacionales, le atribuyeron el triunfo contra Barradas en 1829 — del que Tornel se encargó de hacer un parteaguas histórico — y contra los franceses en 1838, pero más bien conoció el sabor de la derrota. En sus batallas con los angloamericanos obtuvo algunos triunfos, pero al final perdió. En Texas lo hicieron prisionero, firmó los tratados que reconocían la pérdida de ese territorio, y luego, con honores, el presidente Jackson le proporcionó buque y escolta para que pudiera desembarcar en México. Perdió también la campaña del norte contra los invasores estadounidenses y fue vencido por ellos en la batalla de Cerro Gordo en abril de 1847.

Cuando regresaba cargando esa derrota, se detuvo unos días en Puebla. Desde allí anunció que estaba próximo a la capital. Le enviaron una comisión que se encontró con él en Ayotla; ésta trató de convencerlo de que se detuviera, porque en la ciudad, le dijeron, era impopular. Antonio López dudó, pero finalmente redactó su renuncia en un borrador. Sin embargo, en ese mismo sitio hizo su aparición José María Tornel para persuadirlo de lo contrario, y lo consiguió con las frases de siempre: que el pueblo lo aclamaba y que debía salvar a su persona y a la república.<sup>3</sup> Tornel fue uno de los invitados a la junta de Guerra que convocó Santa Anna a su regreso. Don José María tomó la

<sup>3</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, *México a través de...*, op. cit., p. 665.

palabra para apoyar las dos resoluciones principales que proponía Antonio López: que continuara la guerra — asunto que sólo competía declarar al Congreso— y que la capital fuera defendida. Los demás generales se manifestaron por lo mismo.

Fue entonces cuando Santa Anna entró en negociaciones con los jefes de la tropa estadounidense que querían comprarlo.<sup>4</sup> Sus comisionados secretos se movilizaron hacia Veracruz y Puebla — Tornel fue visto en Veracruz con Canalizo a mediados de julio—<sup>5</sup> para acordar la módica suma que permitiría a los angloamericanos tomar algún punto de la capital a cambio de su rendición. A pesar de este negocio, Antonio López decidió también fortificar la ciudad de México. Cuando pasó revista a la división del norte en la villa de Guadalupe, Valencia le ofreció un banquete. Ese día apareció acompañado de Tornel, quien aprovechó para brindar por el triunfo del héroe de Tampico y por su esposa Dolores Tosta. A ella le dijo esperanzado que *así como tuvo fortaleza para acompañarle en las desgracias de Perote, así tenga la satisfacción de ceñir en sus sienes el laurel de la victoria*.<sup>6</sup>

#### *Cuartelmaestre, gobernador y retirado*

Tres días después de aquel brindis, Santa Anna nombró a Tornel su cuartelmaestre general para la guerra que sostendrían contra los angloamericanos en la capital. Como tal, José María debía estar cerca de Antonio en todos sus reconocimientos a los cuerpos del ejército, antes de que se iniciaran los enfrentamientos con el enemigo. El cuartelmaestre era el que de acuerdo con las ordenanzas establecía el acantonamiento de las tropas en campaña, el que se encargaba de los mapas, planos, noticias instructivas y del plan de cada batalla.<sup>7</sup> El mismo día que fue nombrado, Tornel envió un oficio a Nicolás Bravo para que le informara de los itinerarios y las noticias históricas de las brigadas y divisiones del ejército mexicano. Como los combates contra los norteamericanos podían empezar de un momento a otro, esta solicitud fue vista con falta de oportunidad, por lo que fue apodado “el General Itinerario”. Mientras tanto, la relación de Santa Anna con algunos de

<sup>4</sup> Josefina Z. Vázquez, *Don Antonio López de Santa Anna, mito y enigma*, México, ConduMex, 1985, p. 31.

<sup>5</sup> Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana*, Carta de Blas Zamora a la esposa de Mariano Riva Palacio, julio de 1847.

<sup>6</sup> Carlos María de Bustamante, *Memorandum...*, *op. cit.*, lunes 9 de agosto de 1847.

<sup>7</sup> *Diccionario militar, aeronáutico, naval y terrestre*, publicado bajo la dirección de D. Guillermo Cabanellas de Torres, Madrid, Editorial Claridad, 1922, p. 379.

sus generales se deterioró durante la guerra. Con Nicolás Bravo, según algunos, por envidia y capricho. Guillermo Prieto tomó entonces partido en favor de Bravo y contó que, en plena guerra, cuando Cano, uno de los hombres de este general, mandó pedir cañones, Santa Anna le mandó al general Tornel junto con otro general de lengua fácil y que, cuando éstos se retiraron, Cano exclamó con sarcasmo que él había pedido cañones, pero que le habían mandado faroles.

Santa Anna nombró también a Tornel gobernador del Distrito, mientras dos derrotas más se sumaron a su haber —en Padierna y en Churubusco—, por lo que se vio en la necesidad de pactar un armisticio. La tensión que vivía la capital por la presencia de los invasores puso en entredicho uno de los artículos del pacto que establecía que las autoridades mexicanas no impedirían el abastecimiento de víveres para los angloamericanos. La mañana del 27 de agosto de 1847 varios carros de ellos se acercaron a la plaza de armas para comprar comida. A pesar de que venían protegidos por dos piquetes de dragones mexicanos, las mujeres que vendían en la plaza prefirieron destruir las verduras a vendérselas. Se organizó un zafarrancho al que se unió gente de los barrios cercanos, que se lió a pedradas con los angloamericanos al grito de insultarlos a ellos y a Santa Anna. Algunos testigos hablaron de varios muertos y heridos y de que tuvieron que presentarse en persona José Joaquín de Herrera y el mismo Tornel a contener el desorden. Sin embargo, José María no pudo hacer nada por la rechifla que recibió y fue el liberal Herrera el que logró contenerlos.<sup>8</sup>

Como cuartelmaestre general, Tornel se dedicó a recomendar oficiales y se manifestó porque la guerra continuara.<sup>9</sup> Las dos últimas batallas —Molino del Rey y Chapultepec— decidieron el triunfo de los extranjeros, y para el 14 de septiembre flotaba sobre Palacio Nacional la bandera de los angloamericanos. El Ayuntamiento anunció que el enemigo había hecho una ocupación pacífica de la capital y pidió al pueblo que estuviera tranquilo, cosa que no sucedió. Santa Anna renunció a la presidencia y se refugió en el sur hasta que, después de algunas aventuras, pudo embarcarse rumbo a La Antigua, luego a Jamaica y por último estableció su residencia en Turbaco, Colombia. El presidente de la Suprema Corte, Manuel de la Peña y Peña, ocupó el Ejecutivo. Dado que el gobierno mexicano se tuvo que trasladar a Querétaro por la presencia de los invasores, Tornel lo acompañó *para*

<sup>8</sup> José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*, México, Porrúa, 1947, t. 2, p. 320-321, y Carlos María de Bustamante, *Memorandum...*, *op. cit.*, viernes 27 de agosto de 1847.

<sup>9</sup> Biblioteca Bancroft, *Documentos para la historia de California 1821-1850*, Manuel de Jesús Castro Paper's, 1 de septiembre de 1847.

*ponerse a su disposición.* Dejó temporalmente la dirección del Colegio de Minería e informó que, hasta el día en que se perdió la capital, el colegio permaneció abierto, pero que su casa —él vivía en el mismo edificio— había sido saqueada.<sup>10</sup>

Sin embargo, no tuvo cabida entre los liberales que sostenían al gobierno, por lo que pidió el 2 de noviembre una licencia de cuatro meses para ir a Morelia, *país más favorable*, para restablecer su salud y cuidar sus gastos, mermados según él por el saqueo que sufrió. Ahora será el comisario de Michoacán quien tendrá que pagar su sueldo. Éste se quejó de que le había tenido que dar quinientos pesos que le pidió a su llegada a Morelia.

Por primera vez en su vida pasó una temporada en la que no se tuvieron muchas noticias de su persona, aunque trascendió que hizo amistad con algunos conservadores morelianos, entre ellos el obispo Clemente de Jesús Munguía. El 14 de marzo de 1848 pidió que le prorrogaran por dos meses más su permiso o, en su defecto, que le mandaran dinero para movilizarse. El gobierno prefirió ampliar la licencia, incluso por el tiempo que fuera necesario. Por fin, el 30 de mayo de 1848, Tornel solicitó permiso para regresar a la ciudad de México. Le facilitaron para ello una escolta de gendarmes —aunque él pidió que fueran veinte dragones del décimo regimiento de caballería— que necesitaba para protegerse porque, según él, el camino estaba infestado de ladrones.<sup>11</sup>

### *De lo perdido, lo que aparezca: director de colegio*

Lleno de deudas y ya en la capital, volvió a iniciar su rogativa para que le pagaran los salarios que le debían, asunto que se prolongó sin buenos resultados hasta diciembre de 1848. En general, ése no fue un buen año para don José María. Aprovechando su ausencia, la junta de Fomento de Minería revocó disposiciones que él había tomado. También se opusieron a que el director siguiera viviendo gratuitamente en una casa que el colegio podía arrendar.<sup>12</sup>

Tornel, sin embargo, se encargó de nuevo de la dirección de Minería y tuvo que enfrentar la reducción de la asignación mensual y que el mayordomo, un protegido suyo, estaba sujeto a una investigación

<sup>10</sup> AGN, *Gobernación*, S/S, *Colegio de Minería*, 14 de octubre de 1847.

<sup>11</sup> ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1.

<sup>12</sup> AGN, *Gobernación*, S/S, *Colegio de Minería*, y Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana, Mariano Riva Palacio Paper's*, Carta de Atilano Sánchez a M. R. P., 1 de abril y 8 de diciembre de 1848.

por robo del escaso presupuesto. La Junta de Minería intentó destituirlo como director, por lo que José María se defendió en un artículo larguísimo. Dijo que cuando se le encargó Minería era ministro de Guerra y le pareció un tanto extraño *pasar de repente del gobierno de los hombres al de los niños*. Sin embargo, agregó que no hizo más que fomentar la educación y que a lo único a lo que aspiraba era al reposo después de una vida pública llena de trabajos y recuerdos penosos. A continuación enumeró todas las mejoras que había introducido: mandó comprar en Europa máquinas e instrumentos; formó el gabinete de geología; reunió planos; mejoró los salones de clase y la sala de actos; puso un traje decente a los alumnos y les dio abundantes alimentos; aumentó las becas gratuitas; colocó a los jóvenes bajo la vigilancia de superiores que cuidaron su moral, y publicó un anuario. Reconoció que *por un capricho de la fortuna* fue legislador del colegio y al mismo tiempo ejecutor de su propio pensamiento. Aprovechó el espacio para decir que no escribía ni tenía nada que ver *con La Palanca*, periódico que buscaba reivindicar a Santa Anna.<sup>13</sup>

En dos ocasiones, el apoderado de los acreedores del fondo dotal de Minería contestó públicamente que Tornel defendía sus intereses y no los del colegio. De todas estas pugnas salió victorioso don José María, al ser apoyado por el nuevo presidente constitucional, José Joaquín de Herrera, quien acudió a la entrega de premios a los alumnos el 21 de noviembre de 1848. Aunque el director trató de hacer una ceremonia elegante y distinguida, fue muy criticada en los periódicos. En *El Monitor Republicano* dijeron que los músicos cometieron errores, que el canto de las mujeres estaba necesitado de estudio y que el discurso de Tornel fue largo y “poco convincente a las circunstancias”, ya que hizo, para sorpresa de todos, un elogio de Iturbide. Tornel decidió por tercera vez en su vida —la primera fue cuando comparó a Guerrero con Jesucristo y la segunda cuando hizo la apología de Paredes— no dar su discurso a prensas.

Para economizar gastos y para recuperar la disciplina, pidió a la junta que se arreglaran los baños del colegio, porque costaba mucho dinero pagar para que los alumnos se asearan afuera. Le contestaron que el tener baños en la institución había resultado gravoso y hasta inmoral. Estaban de acuerdo con lo que dispuso el antiguo director, don Francisco Robles, que los alumnos de dotación recibieran dinero para bañarse fuera unas cuatro o seis ocasiones durante el verano, mientras los de paga en los días de salida, que eran como cien al año. Se extrañaban de que quisiera reparar ahora los baños y de que no lo

<sup>13</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de septiembre de 1848.

hubiera propuesto en los seis años y dos meses de su dirección, y le sugirieron que si estaba tan interesado comprara tinas, pero del presupuesto que tenía asignado. Le recordaron que no le alcanzaba el dinero porque había admitido mayor número de alumnos de dotación entera que los que permitía la ley.<sup>14</sup>

*Con la república y con la monarquía, con Hidalgo y con Iturbide  
en el origen digno de la nacionalidad*

Los liberales puros apostaron a que Tornel estaba en relación con los monarquistas. En una carta que escribió Valentín Gómez Farías a su hijo Benito a mediados de 1849 —en la que describe cuál es la situación de los puros, de los moderados y de los monarquistas— criticó la actitud de los dos últimos con perspicacia. Los moderados le parecían unos charlatanes vanos y presuntuosos y los monarquistas, aunque contaban con hombres muy inteligentes, habían cometido la torpeza de asociarse a hombres inmorales sin fe y sin conciencia, como José María Tornel, que buscaban traer de nuevo a Santa Anna para que, como dictador, preparara el camino de un monarca extranjero.<sup>15</sup>

Lo cierto es que Tornel se había acercado a Lucas Alamán, a quien antes consideraba como su enemigo por la muerte de Vicente Guerrero y porque lo destituyó como plenipotenciario en los Estados Unidos. Ahora le escribía cartas donde lo nombraba *Muy señor mío y de mi aprecio* y mostró que los dos compartían su interés por algunos asuntos. Como recibió de la imprenta un plano de México, Tornel le ofreció lo que él quisiera. También le presumió *un magnífico mapamundi publicado en este año en los Estados Unidos bajo la proyección de Mercator*, que puso a su disposición.<sup>16</sup>

Tornel tenía mucho tiempo libre que dedicó a escribir desde sus haciendas, sin descuidar sus funciones como director del Colegio de Minería. Se enfrascó en el estudio de la vida y el carácter del monarca francés Luis Felipe de Orléans y escribió un artículo biográfico que dio a conocer a fines de julio de 1849 en la revista *El Álbum Mexicano*, de Ignacio Cumplido. La vida de este personaje ya había interesado a otro político francés: Charles Maurice de Talleyrand, quien preparó un escrito. Para Tornel, Luis Felipe fue *un genio extraordinario, un príncipe liberal que supo hacer posibles los beneficios de la libertad junto al man-*

<sup>14</sup> AGN, *Gobernación*, S/S, *Colegio de Minería*, 20 de agosto de 1849.

<sup>15</sup> Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana*, Valentín Gómez Farías *Paper's*.

<sup>16</sup> *Ibid.*, *Alamán Paper's*, 11 de julio de 1849.



*tenimiento del buen orden de la sociedad.* Le perdonó que hubiera participado en la revolución francesa, porque siempre luchó *por una libertad racional y moderada*, ya que los gobernantes debían situarse en el justo medio, empleando elementos aun contrarios. Subrayó sus íntimas convicciones republicanas, lo que no le impedía *reconocer a los hombres virtuosos aun subidos en el trono:*

He elogiado a Luis Felipe como hombre, como ciudadano y como rey. La imparcialidad histórica demandaba de mí, que no sacrificara a mis íntimas convicciones republicanas la verdad y la justicia. Pocos son los Aurelios y larga la lista de los Calígulas y Neronés. Por esto los hombres que respetaron a la virtud, aun subidos en el trono, dignos son de que la generación presente los recomiende al juicio de la posteridad.

Escribió otro artículo extenso que tituló “Paralelo entre César y Napoleón”, dedicado a su amigo y paisano José Joaquín Pesado y que editó también Cumplido en *El Álbum Mexicano*. Volvía a ser curioso que hubiera elegido este tema. Sus lecturas estaban muy cerca de la política francesa. El mismo Lucien Bonaparte había publicado en la primera década de ese siglo XIX un folleto titulado *Paralelo entre César, Cromwell, Monk y Bonaparte*.

En su escrito Tornel registró los hechos militares de Julio César (101-44 a. C.) y de Napoleón Bonaparte (1769-1821) y los colocó en un lugar destacado en el desarrollo de la ciencia de la guerra. Sin embargo, los criticó *filosóficamente*: a César por desmoralizar a la república y a Napoleón porque empapó de sangre el continente europeo. Creía que era más ventajoso *el orden común de las sociedades* que el de ellos que hicieron prevalecer su interés. Esos grandes hombres no llegaron, según Tornel, a establecer un *orden estable*. Sostenía que, a los ojos de la historia, sería más grande aquel que se dedicara a mejorar las instituciones, a reformar las costumbres, a propiciar los adelantos materiales y el progreso *por medio de una libertad bien entendida*. Ni césares, ni napoleones: proponía una república gobernada por hombres que equilibraran el justo medio con virtudes de un monarca, como las de Luis Felipe de Orleáns.

Tornel iba a las reuniones de los monarquistas aunque era funcionario del gobierno liberal de José Joaquín de Herrera. Para la entrega de premios de Minería la noche del sábado 17 de noviembre de 1849, preparó el discurso oficial que resumía la postura de la administración. Hizo una defensa de Miguel Hidalgo, del *origen digno* de la revolución de independencia y del sistema republicano. En *El Siglo Diez y Nueve* alabaron la magnificencia del acto y se atrevieron a “usar una

frase vulgar” para decir que “estaba ahí todo México”. El demagogo director hizo que sobre el tablado principal, donde se sentó el presidente de la República, colgara “un transparente” donde se leía el nombre de Hidalgo y la fecha memorable del 16 de septiembre de 1810. También se refirió a la fiesta como la de *los creadores del pacto de la gran familia mexicana*. Sostuvo que el ser del pueblo mexicano databa desde que se decidió a romper sus cadenas y ataduras y que *el 16 de septiembre fue el primer día de nuestra existencia política*. No le importó decir esto a pesar de que había mencionado en varias ocasiones que la existencia del ser político se debía a Iturbide.

El interlocutor oculto de su discurso fue Lucas Alamán, que acababa de publicar el primer tomo de su *Historia de Méjico*, cuya aparición fue interpretada como el sustento de la necesidad de una monarquía. Tornel apelaba en su arenga a la soberanía del pueblo que era el que había declarado que el 16 de septiembre era la primera de sus fiestas. Para el anecdotario de lo que pudo “gritar” Hidalgo la madrugada del 16 de septiembre, José María dio su propia versión: *¿Para qué vivimos? dijo don Miguel, ¿No es mejor morir?* Sostuvo, sin embargo, que *el mérito de Hidalgo no rebajaba el de Iturbide, ya que Guerrero, caudillo de los primeros días, también saludó el pabellón de Iguale*.

Los de *El Siglo* escribieron que esa defensa ya le valía ser nombrado diputado en el Congreso entrante, para que ahí fuera un abogado de la república. Los monarquistas lo atacaron por desleal. En *El Universal* se burlaron de su discurso. Tornel se defendió diciendo que le tenía sin cuidado que lo llamaran pedante. Sostuvo que *la república es una necesidad en México* y pidió a sus críticos que firmaran sus artículos. Lucas Alamán respondió en una carta en *El Siglo*; hizo público el parentesco de Tornel con José Mendívil —aquel realista de cuyo nombre se valió durante su etapa insurgente e independentista— y defendió sus ideas expuestas en su *Historia* con el argumento de que todos sus escritos estaban documentados. Le agradeció también que le hubiera mandado un mapa. Tornel no desmintió a don Lucas y, a pesar de que había defendido el origen digno de la revolución de Hidalgo, deseó de todo corazón que no revivieran sus declaraciones en contra de la insurgencia, cuando se indultó a los pies de Calleja. Ahora le contestó que *se ha sentido obligado* a presentar los hechos de la revolución de independencia de un modo más honroso.

El santannista Juan Suárez y Navarro intentó reunir todos los artículos de esa polémica para editarlos en *La Palanca* en 1850. Dijo en una introducción que los publicaba para que se conociera la prueba de los talentos de Tornel en defensa de los padres de la patria. Al folleto le dio el título de *Los héroes de Dolores vindicados de las ofensas hechas a*

*su memoria*. Sin embargo, no incluyó nada de Tornel y sólo publicó las críticas. Éstas citaban para todo las ideas de Lucas Alamán, esto es, que la independencia no reconocía como suyos los principios del primer levantamiento y que los mexicanos fueron felices bajo el gobierno colonial. Rindieron un homenaje al Tornel de 1822 que estuvo a favor del imperio y llamaron al de 1849 “tránsfuga de conveniencia, liberal improvisado y personaje olvidado que sale de un rincón oscuro al que se vio relegado por su inconstancia de opiniones y su ateísmo político”. Se burlaron de que saliera ahora a la palestra adornado con el gorro frigio que se veía “como una mitra en la cabeza de un busto de Voltaire” y, como lo acusaron de desleal, se preguntaban si era realmente un verdadero republicano.

A pesar de las críticas, el año de 1850 lo empezó Tornel con la designación al cargo de senador por el recién creado estado de Guerrero. La propuesta la mandó Juan Álvarez al Congreso. También recibió la noticia de que encabezaba la lista de “ciudadanos” de ese estado libre y soberano.<sup>17</sup> Lo primero que hizo fue preocuparse por su salario que ahora sumaba el del nuevo empleo, el de general de división y el de director del Colegio de Minería. Le informaron que según la ley le darían completo el de director, tres cuartas partes del de senador (que era de tres mil quinientos pesos anuales) y la mitad del de general (que era de cuatro mil pesos al año).<sup>18</sup> Estos tres sueldos crearon confusión en la tesorería y como no se los abonaron completos manifestó que creía que era algo personal, ya que, según él, Gómez Pedraza y Almonte estaban en la misma situación y no les descontaban.<sup>19</sup>

En esos reclamos estaba cuando decidió escribir — usando papel membretado del Colegio Nacional de Minería — lo que tituló “Apuntes para el testamento de José María Tornel”, que, si bien nunca protocolizó ante notario, a la postre se convertiría efectivamente en el documento que determinaría el destino final de sus bienes — tres haciendas, una casa, coches, plata labrada, alhajas, antigüedades mexicanas y objetos de museo — y de sus deudas activas y pasivas. Estas dos fojas le sirvieron asimismo para asentar pocos datos de su biografía, para manifestar algunos deseos como el que se dijeran ocho misas rezadas por su intención, o el de que quería ser enterrado en el pueblo de Coyoacán humildemente y sin pompa, y para nombrar a sus *herederos forzosos*: sus hijos José María, Guadalupe, Agustín, Victoria, Manuel y Mariana y su esposa Catarina Silva. Tampoco se olvidó de una hermana que

<sup>17</sup> *Ibid.*, 26 de febrero de 1850.

<sup>18</sup> ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 14 de enero y 21 de febrero de 1850.

<sup>19</sup> AGN, *Fondo Gobernación*, S/S, *Colegio de Minería*, 18 de diciembre de 1849 y 20 de junio de 1850.

vivía en Orizaba, ni de destinar dos mil pesos para “un legado secreto” sobre el que no debían exigirle cuentas a su albacea, ni de pedir que quemaran sus libros heréticos y su correspondencia política que lo podía comprometer, ni tampoco, finalmente, de donar al Gobierno Supremo los sueldos que se le debían.<sup>20</sup>

Ya había hecho el panegírico de Hidalgo para ganar la senaduría y ahora volvió a hacer el de Iturbide, quien fue en realidad su verdadero héroe. La ocasión se le presentó el 27 de septiembre de ese año de 1850, cuando fue el orador principal de ese aniversario, festejado en la Alameda de la ciudad de México. En su arenga rescató las tres garantías —religión, unión e independencia— que hicieron posible la consumación de la libertad en 1821, y sostuvo que serían el timón indiscutible que podría guiar a los mexicanos después de la triste derrota y la pérdida de territorio. Su tesis era que la independencia fue muy costosa y sólo fue posible por la unión de los descendientes de Motezuma, los europeos, y *los que heredaron la maldición epidérmica del África*. En alusión a las críticas que le habían hecho por las derrotas del ejército mexicano por los angloamericanos, dijo citando a Chateaubriand que para él eran más bien excusas de los calumniadores que acusaciones. Como buen romántico, tenía esperanza en la salvación de la república, a la que metafóricamente describió como un gran navío que, aunque tenía roto el casco, mantenía el timón y la quilla, en la que flotaba su bandera de tres colores que eran las garantías de la fe y la esperanza de llegar a puerto.

### *Bolívar mexicano*

El año terminó en calma para nuestro personaje. En los exámenes públicos del Colegio de Minería del mes de noviembre, decidió que todos los actos estuvieran dedicados al barón de Humboldt. Acudió al notario para certificar una obligación que había establecido con Juan Álvarez sobre una destiladora de azogue y firmó también como “marido y conjunta persona” de Catarina Silva, en la renta que ésta hizo de su casa de la calle de San José del Real al senador Crispiniano del Castillo por ciento veinte pesos mensuales.<sup>21</sup>

Cuando Mariano Arista tomó posesión como presidente de la República en enero de 1851, Tornel continuaba como senador y director

<sup>20</sup> Firmado el 12 de junio de 1850. Este documento puede consultarse completo en el Apéndice de este libro.

<sup>21</sup> Archivo de Notarías de la Ciudad de México, notario Francisco de Madariaga, 17 de diciembre de 1850.

del Colegio de Minería. Se le señaló como un hombre que en su vejez se aliaba a los principios conservadores. Con otros senadores, presentó el 24 de marzo un dictamen de la comisión especial sobre los negocios de Tehuantepec, que declaraba nulo un decreto de colonización dado por Mariano Salas a José Garay. Alertaban sobre los problemas que se habían suscitado con los Estados Unidos por el canal. Fue precisamente Tornel quien llevó esta propuesta a la Cámara de Diputados, en donde recapituló la historia del asunto.<sup>22</sup> También formó parte activa como vocal de la Comisión Especial de la Junta Consultiva de Hacienda sobre el arreglo de los acreedores del erario.

Ante los continuos cambios de gabinete, Tornel fue propuesto en un periódico que dirigía el santannista Juan R. Navarro para ocupar el Ministerio de la Guerra “porque lo conoce hace más de treinta años y lo ha desempeñado con la actividad y energía de su genio”.<sup>23</sup> Sin embargo, Tornel se contentó con el nombramiento honorario de vicepresidente del Instituto de África de París, del que era miembro desde 1843,<sup>24</sup> y preparó un proyecto para el senado con el que esperaba equipararse y superar a Simón Bolívar, a quien tanto criticó veinte años atrás. Había escrito que no creía que fuera un hecho la presidencia de Bolívar en la Asamblea de Panamá porque, bajo formas republicanas, no buscaba más que erigir un sistema monárquico continental, sobre todo porque *debía ser México el gran pilar donde se apoyara el edificio de la independencia americana*.

Ahora propuso que se invitara a las repúblicas hispanoamericanas a formar un congreso, por la situación *angustiadísima* que vivía su patria, que estaba llamada en 1821 a *mejores destinos*. Su tesis era que las naciones débiles debían servirse de las confederaciones entre ellas contra un enemigo, los Estados Unidos, por su política invasora que amenazaba la existencia de México. Creía que el negocio del istmo de Tehuantepec se presentaba con los mismos presagios que el de Texas, por lo que los mexicanos tenían que luchar esforzadamente contra su propio destino por salvar su soberanía, su religión y la gloria de su raza, pero, sobre todo, su territorio. Propuso que México invitara a las repúblicas a que nombraran plenipotenciarios a un congreso que basado en el derecho internacional formara un acta de navegación y comercio y estableciera leyes de protección y no agresión.

<sup>22</sup> *El Daguerrotipo*, 29 de marzo de 1851.

<sup>23</sup> *La Sinceridad*, 24 de mayo de 1851.

<sup>24</sup> Santiago Ramírez, *op. cit.*, p. 356.



17. José María Tornel

Todos sus esfuerzos quedaron, sin embargo, en el tintero, ya que su propuesta no pasó de una segunda lectura en el senado. Con esto Tornel perdía la oportunidad de coronarse como el héroe americano que siempre quiso ser, aunque manifestaba, en bien de la patria, su defensa del territorio mexicano ante los intereses expansionistas de los vecinos del norte.

Su actuación en el senado no fue muy afortunada. Varios periódicos lo criticaron desde el mes de noviembre de 1851 por “contradictorio”, básicamente porque ahora se dedicaba a atacar al presidente Arista. Tornel se exculpó en *El Siglo*, pero de nada le sirvió porque, el 13 de diciembre de ese año, apareció en *El Monitor Republicano* un escrito titulado “Alerta a los Estados”, en el que lo llamaron, entre otras cosas, “Conspirador contra la patria que le había dado honor, riqueza y bienestar; Matusalén de los trastornadores; caricatura del militar; mentira del saber; realidad del cinismo; don Pomposo Tornel; insigne varón luciérnaga de la literatura y opaco planeta de los tercios mexicanos.” Recordaron que fue un traidor a la insurgencia y que ahora estaba hinchado de notabilidad, siendo un deshonor para el país y un verdadero mal para el Colegio de Minería, porque era “ignorante, orgulloso, cínico, corrompido e inmoral”. Sus hijos Agustín y Manuel salieron en su defensa en *El Siglo*, en donde hicieron notar además que a su padre le había dado un fuerte cólico que le duró varias semanas, sin duda asociado con “la alerta”. El mismo *Monitor* publicó el 20 de diciembre la noticia de que el autor del escrito antitorneliano sufría persecución y que, al no encontrarlo, se habían llevado presa a su esposa.

### *El segundo y último testamento de un patriota, con santoral político*

En 1851 empezó a publicar su versión de los sucesos del México independiente en una serie de opúsculos reunidos con el título *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días*; los editó Ignacio Cumplido en unas separatas de su revista *La Ilustración Mexicana*. Se trataba, entre otras cosas, de una apología de Santa Anna, a quien sus seguidores ya preparaban en secreto su regreso, pero sobre todo de una apología de sí mismo, en donde se justificó, pidió perdón por sus errores y buscó pasar a la posteridad sin ninguna mancha que empañara su honor. Creía que Santa Anna era uno de los dos mexicanos — el otro, Iturbide — que había recibido el fuego del genio. Lo pintó como un soldado de valor, genio y fortuna que lanzó el grito de república en 1822. Dijo que, aunque se le acusaba de insubordinado, fue antes que nin-

gún otro el que escribió *la mágica palabra República* en la bandera de su regimiento, obrando por una inspiración secreta que lo arrebató siempre hacia lo grande y lo heroico. Relató los *hechos sangrientos* de la revolución que Santa Anna hizo en Oaxaca para imponer a Guerrero. La mayor parte de las victorias con que Santa Anna había ilustrado su vida militar se habían debido, según Tornel, a que conocía exactamente *lo que valen nuestros hombres y nuestras cosas*. Escribió que se aprovechó de los errores de sus enemigos cuando los cegaba la fortuna y que era *expuesto*; que su viveza le había acarreado ventajas en los distintos lances de su carrera; que numeraba sus triunfos por sus jornadas. Su apología concluía con una frase bíblica: en la presencia de Santa Anna, *caen las fortificaciones, como las murallas en la de Gedeón, bastándole sonar las trompas*. Tornel se ufanaba de que en la época de Guerrero él consiguió como diputado que se derogara la proscripción a Santa Anna, y esto es precisamente lo último que escribe en su historia, aunque el título prometía que llegaría a relatar hasta los sucesos de esos años cincuenta.<sup>25</sup>

Se sentía ya un hombre de razón aunque reconocía que cuando él era joven lo había animado la locura. Como escritor no podía prostituir su conciencia relatando falsedades y creía que éstas sólo eran *justificables en un actor de los acontecimientos*. En pocas palabras, justificó que él hubiera actuado con falsedades. Se reconoció como un actor de la escena política entre 1821 y 1852. Creía que tenía que probar los hechos virtuosos de su alma, porque su actuación había sido tergiversada e incluso lo habían calumniado. No dudada de que, al confesar sus faltas, el juicio de la historia lo perdonaría. Consideraba como el más funesto de sus errores el haber expulsado a los españoles entre 1827 y 1829, y con esto se reconciliaba con lo hispano. También lo hizo con la figura de Hernán Cortés; ahora lo evocaba posado en la cumbre nevada de su amado Citlaltépetl, desde donde éste habría divisado *una corona de laureles inmarcesibles*.

Identificó su hogar con su propio honor y se dolió de que las calumnias hubieran turbado la paz de su vida familiar y de su honestidad. Le parecía que la historia de México era triste, y lo expresó con un epígrafe de la *Eneida* de Virgilio. De nuevo utilizó muchas frases en latín que le dieron un aire de Héctor frente a su amada Troya destruida. Escribió su versión de la historia como una epopeya romántica con tonos trágicos, y se colocó en ella como un héroe que no buscaba más que la salvación de su patria.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> José María Tornel, *Breve reseña histórica...*, *op. cit.*

<sup>26</sup> *Ibid.*, y Carmen Vázquez Mantecón, "José María Tornel", *Historiografía mexicana. Volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional*, coordinación general de Juan A.



*El grito de independencia de los colegiales*

Por esos días de 1852, el Colegio de Minería estrenó unas rejas de hierro que José María Tornel mandó hacer *a un artesano mexicano* para el pórtico. Informó además que estaban terminados los baños para evitar la salida de los alumnos y que ambos gastos los había hecho sin gravamen de los fondos. Como se sentía enfermo, pidió en el senado dos meses de licencia.

A su regreso, los alumnos del Colegio de Minería se amotinaron la noche del 15 de septiembre contra una orden suya que puso a prueba su autoritarismo y sus verdaderos sentimientos por la insurgencia. Los alumnos le pidieron permiso (en una carta firmada por veintitrés de ellos) para salir esa noche “a asistir a la función en que se celebra el grito del inmortal Hidalgo que dio principio a nuestra existencia política”. Citaban lo que él mismo había dicho no hacía mucho, en el sentido de que “era un día de verdadero regocijo para todos los mexicanos que aman las glorias de su patria”. Sorpresivamente, les respondió que no, aunque nunca se les había negado esa salida. Envalentonados e irritados, los alumnos organizaron un tumulto después del toque de las once de la noche: apagaron los faroles y se reunieron en el patio principal y, en medio de una gritería —al fin dieron su propio grito de libertad—, tronaron cohetes y destrozaron los vidrios que encontraron a su paso.

Cuando lo reportó al ministerio, Tornel dijo que lo hizo porque temía que no regresaran a tiempo para asistir a las solemnidades del 16, a las que estaban invitados por el gobernador del Distrito. Indignado, recordó que ellos estaban obligados a obedecer a la autoridad y no podían sobreponerse a ella. Calificó la acción como violación de los principios de obediencia, desacato contra los superiores y perpetración de hechos vandálicos que denotaba *intenciones malignas y fines depravados*. Pidió al Ministerio de Relaciones —y lo consiguió— que los instigadores fueran expulsados y que los demás pagaran los daños. Tornel cerró unos días las puertas del colegio porque tenía que reparar los faroles y analizar detenidamente los nombres de los que no debían entrar, aunque le ordenaron que abriera y que luego hiciera lo que tuviera que hacer.

Su discurso era exactamente igual al del marqués de Castañiza, rector de San Ildefonso, cuando en aquel 1814 Tornel regresó después

Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.

de haberse escapado para ir con los insurgentes. Entonces, aunque se indultó, no fue readmitido porque podía pervertir con sus ideas a algunos ingenuos. Sin embargo, ahora eran otros tiempos y Tornel tuvo que dar su brazo a torcer. Como en la lista de *expulsos* estaban alumnos adelantados que además pertenecían a familias cuya posición social se vería afectada, don José María llegó a la conclusión de que *fueron precipitados tal vez por falsas representaciones y por equívocos que tan fácilmente obran en imaginaciones preocupadas*. Por ello, hizo que el castigo fuera el impedimento para salir el día de Todos Santos, además de pagar los daños.<sup>27</sup>

### *Campaña por Antonio López*

Durante los últimos meses del año, el gobierno de Arista enfrentó una serie de levantamientos por distintos puntos del país. Tornel solicitó el 16 de octubre que los sublevados de Veracruz fueran amnistiados si deponían las armas y se sometían a las autoridades, y su propuesta fue aprobada en el senado. No tuvo la misma suerte con otra que emitió para que se hiciera una contrata con los cosecheros de tabaco de Orizaba, Córdoba y Jalapa. En el balance de las sesiones de noviembre, Tornel asistió muy poco por estar enfermo.<sup>28</sup> El 30 de diciembre, presentó un voto particular en el asunto de abrir una vía de comunicación en el istmo de Tehuantepec. Reconocía la importancia estratégica de esa franja angosta que comunicaba el Pacífico con el Atlántico, e hizo votos porque se preservara la soberanía de México sobre ella. Estaba a favor de la neutralidad en su paso y se oponía a los demás miembros del Congreso que habían apoyado la concesión de apertura del canal a la Compañía de Guanajuato. Propuso que fuera concedida a ésta, pero asociada con la empresa mixta de los mexicanos Payno, Pesado y Olarte, y que los socios extranjeros renunciaran a sus derechos de extranjería.<sup>29</sup> Esta propuesta no tuvo ningún eco, ya que al poco tiempo fue derrocado Arista y el privilegio se concedió únicamente a la Compañía de Guanajuato.

Fue en el estado de Jalisco donde prendió el plan que desconocía al gobierno, que proponía un interinato y que invitaba a Santa Anna a

<sup>27</sup> AGN, *Gobernación, S/S, Colegio de Minería*, septiembre de 1852.

<sup>28</sup> *Archivo Mexicano*, México, Tipografía de Vicente García Torres, 1852.

<sup>29</sup> Biblioteca Nacional de México, *Fondo Reservado, Voto particular del Sr. Senador D. José María Tornel, individuo de la comisión especial que entiende en los negocios relativos al Istmo de Tehuantepec, sobre privilegio de abrir la vía de comunicación*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1852.

volver a la república. Para entonces, Tornel había suspendido la publicación de su *Breve reseña histórica*, precisamente cuando acababa de decir que él, a principios de 1829, había solicitado que se anulara el decreto de proscripción de Santa Anna, aunque había prometido que llegaría a narrar los sucesos mexicanos por lo menos hasta 1850.

Mariano Arista renunció a la presidencia el 5 de enero de 1853 y tres días después el senado aprobó la proposición de Tornel para que no se tratara del negocio de Tehuantepec hasta no saber la opinión de la nueva administración.<sup>30</sup> Éste fue su último acto como senador. Guillermo Prieto escribió que para entonces Tornel estaba convertido en un esqueleto, aquejado por una dolorosa enfermedad. A pesar de esto, el presidente interino Manuel María Lombardini lo nombró, junto con Joaquín M. Castillo y Lanzas, plenipotenciario para negociar con Alfredo Conkling —enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos— un tratado expreso de neutralidad en el paso por el istmo de Tehuantepec en caso de guerra, negociación que se aplazó porque Tornel decidió en el último momento no firmar hasta no saber lo que pensaba Santa Anna.

El gobierno de Tlaxcala invitó a Tornel a presidir la comisión que se ocuparía de adaptar la política de ese estado a la general del país. Además, el presidente Lombardini le propuso que fuera a Puebla para hacer campaña por Santa Anna, donde también obtuvo el voto tlaxcalteca. Tornel fue señalado como la cabeza de los militares que optaron por el regreso del desterrado de Turbaco, e incluso recurrió —según González Navarro— a su relación de amistad con el obispo Munguía para que los conservadores michoacanos eligieran a Antonio López.<sup>31</sup> El 17 de marzo de 1853 se conoció el resultado de la votación de los estados para la presidencia de la República, que recayó en Santa Anna, quien ya emprendía el regreso desde su hacienda colombiana. Al día siguiente, concedieron a Tornel una licencia por un mes para ir al estado de Veracruz, donde se esperaba a don Antonio de un momento a otro. Solicitó una escolta de infantería y una paga a cuenta de sus sueldos atrasados, ya que, dijo, *en ocho meses no se me dio ni un solo centavo*.

Muchas comisiones salieron de distintos puntos del país a recibir al héroe de Tampico, quien desembarcó en Veracruz el primero de abril de 1853. Todos querían ser los primeros en hablar con el presidente electo para ofrecerle el apoyo de sus partidos. Allí se encontraba

<sup>30</sup> Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana, Mariano Riva Palacio Paper's*, 8 de enero de 1853.

<sup>31</sup> Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México*, México, El Colegio de México, 1977, p. 442 y 362.

Manuel Escobar, enviado de Lucas Alamán, quien había formulado en una carta para Santa Anna los principios conservadores que habían sido los triunfadores en el movimiento que lo traía del destierro. También estaban ahí Basadre, Mosso y Tomás González, quien portaba un pliego cerrado que Tornel le mandó desde Jalapa.<sup>32</sup> Juan Suárez y Navarro pensaba burlón, y así lo escribiría en 1856, que lo que Tornel había enviado a Veracruz era un discurso para que Santa Anna lo pronunciara a su llegada.

Desde su hacienda El Encero, Santa Anna organizó su ministerio. Según el historiador José Valadés, Alamán había aceptado estar en el gabinete a condición de que no estuviera José María Tornel. Agregó que para que don Antonio conociera en privado los motivos que tenía Alamán, éste le envió al padre Miranda y a Rafael Rafael, quienes lo convencieron, y, por lo pronto, lo excluyó del ministerio. Sin embargo, cuando Antonio López conversó personalmente con Alamán en la villa de Guadalupe, donde estuvo cuatro días, el primero insistió en tener a Tornel en Guerra, y Alamán lo tuvo que aceptar a cambio de que en Justicia nombrara a Teodosio Lares.<sup>33</sup>

La idea de los conservadores era crear un poder fuerte con Santa Anna, que durara un año para restaurar el orden, y después convocar a un congreso que decidiera la forma de gobierno más adecuada para el país, que en la mente de Alamán era una monarquía, tal como lo había dicho Gómez Farías desde años atrás. Según José María Gutiérrez de Estrada, en los pensamientos de Tornel estaba, sin embargo, apoyar una monarquía pero sin monarca, esto es, el gobierno del rey sin corona Antonio López de Santa Anna.<sup>34</sup> Tornel creía posible conciliar en justo medio a la república con la monarquía, y jugó todo por el triunfador, quien decidió tenerlo cerca de nuevo, a pesar de la oposición de los conservadores.

### *Se reconcilia con Santa Anna*

Después de siete años de ausencia en el Ministerio de Guerra, Tornel asumió de nuevo el cargo el 20 de abril de 1853. También retomó la dirección del Colegio de Minas, por lo que anunció que daría audiencia pública en la secretaría todos los días de dos a tres de la tarde. Rei-

<sup>32</sup> Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana, Alaman Paper's*, 29 de marzo de 1853.

<sup>33</sup> José C. Valadés, *Alamán, estadista e historiador*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, p. 530-531.

<sup>34</sup> Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 238-239.



18. Antonio López de Santa Anna

nició una abundante emisión de leyes, decretos, bandos y circulares a los que era tan afecto. Se dedicó a restablecer y agrupar batallones. El caso más sonado fue el de la desaparición de las guardias nacionales, a las que obligó a refundirse en los cuerpos permanentes del batallón de artillería de mina y en las compañías de policía. Esto motivó un motín de descontento. Apoyadas en la gente del pueblo, las guardias nacionales de Veracruz tomaron las calles. Durante tres días silbaron las balas entre éstos y el ejército federal, que fue reforzado por órdenes de Santa Anna y que, finalmente, ganó la situación. Los instigadores fueron fusilados y multada la prensa liberal que defendió su existencia.<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura, 1853-1855*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 248-249.

Tornel instaló un fuerte control policiaco que implicó una reforma militar. Restó poder a los comandantes generales sujetando todas sus acciones a la aprobación del ministerio y se dedicó a crear nuevos regimientos. Tradujo aquí la obsesión de Santa Anna por tener un ejército a la altura del prusiano y cuidó de indicar cuáles serían los nuevos uniformes — el de “pie a tierra”, el de montar, el medio uniforme— y la manera de presentarse en traje *de paisano*, con fajas cortas sobre el chaleco, dos bordados de oro y bastón con borlas. Los decretos precisaban cómo debían usarse la mochila y la cartuchera y qué aditamentos debían usar según las ceremonias, *para no poner en ridículo ni hacer despreciable a la distinguida clase militar*.

Ni Tornel ni Santa Anna olvidaban todavía las críticas que les habían hecho por su participación ambigua durante la guerra contra los Estados Unidos. Éste fue un asunto clave en el inicio de la conducción de su política en este nuevo gobierno. Desde el Ministerio de la Guerra, don José María anunció que sería creada una policía secreta que serviría, entre otras cosas, para conocer a los que fueran afectos a la anexión de México a los Estados Unidos.<sup>36</sup>

De acuerdo con esta ley, ordenaron el destierro de Mariano Arista por haber estado en favor de la anexión. Tornel le comunicó en una carta que no podía volver sin permiso del gobierno, pero que no iba a perder su salario ni su rango en el ejército. Arista murió en el destierro aunque su corazón fue traído después a México por su fiel amigo el militar Mugarrieta.<sup>37</sup>

Como una gracia, fueron amnistiados los militares que se habían hecho prisioneros voluntarios del ejército invasor en 1847 y anunciaron que la condecoración de la Cruz del Valle de México se seguiría otorgando, aunque ahora sería de oro, esmaltada en rojo.<sup>38</sup> Como no se atrevió a autocondecorarse, Tornel le pidió al ministro de Hacienda, Antonio Haro y Tamariz, que intercediera con Santa Anna para que a él también lo mencionaran. Haro le respondió que el general presidente estaba satisfecho por sus “importantes y distinguidos servicios en el valle de México contra el ejército invasor”, por lo que concedió a Tornel el distintivo de honor.<sup>39</sup> Según Guillermo Prieto, Tornel decía en público que ese sistema de gobierno estaba reducido a que Haro buscara el dinero, para que él lo tirara como ministro de Guerra.

En un ajuste de cuentas, Tornel expulsó del país al agiotista Lorenzo Carrera. Después, sujetó a los ladrones a la jurisdicción militar y

<sup>36</sup> AGN, *Gobernación, Guerra*, 29 de abril de 1853.

<sup>37</sup> Biblioteca Bancroft, *José M. Mugarrieta*.

<sup>38</sup> Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna...*, *op. cit.*, p. 252.

<sup>39</sup> ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 25 de mayo de 1853.

decretó la orden de Santa Anna de convertir al istmo de Tehuantepec en territorio, con capital en la villa de Minatitlán. Prohibió la libre introducción de armamento en la República y que los particulares tuvieran armas de munición, parque y pólvora, salvo que demostraran que eran ciudadanos honrados y que lo necesitaban para la defensa de sus fincas.

Hacia el 20 de mayo de 1853, don José María tenía listo el arreglo del ejército permanente y de la milicia activa que deberían sumar 91 499 integrantes, para lo cual se estableció un sorteo que excluyó a los indígenas, siempre y cuando demostraran que habían pagado la capitación. Para que todo ciudadano pudiera disfrutar el ejercicio de sus derechos políticos, debía comprobar que había participado en el sorteo. Sin embargo, cuando éste se realizó, no logró cubrir el número que se requería, por lo que Santa Anna culpó a los gobernadores y comandantes generales de no haber cumplido la ley de sorteos y no tuvo más remedio que ordenar que se reunieran más de 500 reemplazos con los vagos que se encontraran.<sup>40</sup> Uno de los últimos decretos de Tornel consistió en mandar a los comandantes que *impidan el grave mal que ha significado el alzamiento de muchos pueblos indígenas contra el impuesto de la capitación y la leva* que, a pesar de las nuevas leyes, no se había detenido.

### *Las cuentas pendientes*

El 28 de junio, Tornel vendió, *por sí y en nombre de sus herederos*, su hacienda de San Juan de Dios sin muebles ni objetos a Mariano Riva Palacio en veintiocho mil pesos fuertes, porque, según él, no le convenía conservarla.<sup>41</sup> Pagó lo que debía de contribuciones —que era bastante— para entregarla libre de gravámenes, y envió las escrituras y recibos al hombre que manejaba sus finanzas, Manuel Escandón. A éste le escribió que podía dar a Riva Palacio los papeles y avisarle que le entregaría la hacienda el 10 de julio. Le dijo que necesitaba que se pusieran a su disposición ocho mil pesos, de los cuales debía siete a Viya y Cosío, *con lo que salda su deuda de las otras fincas*, y de los veinte mil que restaban ya se le comunicaría más adelante qué hacer *cuando tenga necesidad de atender al objeto que usted sabe*.<sup>42</sup>

<sup>40</sup> AGN, *Gobernación, Guerra*, 24 de noviembre de 1853.

<sup>41</sup> Archivo de Notarías de la Ciudad de México, notario Ramón de la Cueva, 28 de junio de 1853.

<sup>42</sup> Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana, Mariano Riva Palacio Paper's*, Carta de J. M. Tornel a Manuel Escandón, 2 de julio de 1853. En octubre de ese año se

Desde sus primeros escritos dijo que esperaba ser juzgado por los últimos actos de su vida pública. Reconoció hacia el final de sus días que había sido un joven loco y apasionado, pero que ya le había llegado el momento de la razón. Confirmó entonces sus sentimientos conservadores y su razón monárquica, que manifestó con moderación republicana. En esas ideas creía, cuando se le presentó la muerte, aquel 11 de septiembre de 1853, fecha viva y gloriosa —que gracias a Tornel se había inscrito en ese santoral político— que rememoraba *el triunfo glorioso, inmortal y decisivo del consolidador de la nación: Antonio López de Santa Anna*.

presentaron ante el notario Agustín Vera y Sánchez los hijos y la esposa de Tornel para protocolizar el testamento escrito por él como meros apuntes con fecha del 12 de junio de 1850. En abril de 1855, los hijos forman una Compañía para manejar los bienes que les acaban de adjudicar. Los albaceas son Manuel y Agustín y éste último maneja los negocios. Tocan a cada uno de los herederos aproximadamente quince mil pesos. Los que aceptan formar parte de la Compañía “Tornel Hermanos” son, finalmente, José María, Agustín, Manuel, Guadalupe y Mariana, incluida también la segunda esposa Catarina Silva. En el año de 1856 solicitaron al Ayuntamiento una compensación por el pago de contribuciones que la testamentaría de su padre debía al fondo municipal. La sociedad marchó hasta febrero de 1859 en que la disolvieron.



